

VICTOR O. GARCÍA COSTA
MARÍA DE LOS ÁNGELES MARECHAL

MANUEL GLEIZER
LIBRERO Y EDITOR

XXVIII

PEÑA DEL LIBRO “TRENTI ROCAMORA”

BUENOS AIRES - REUNIÓN SESENTA Y SEIS- DICIEMBRE DE 2008

Serie “Folletos Literarios” dirigida por Stella Maris Fernández
y María de los Ángeles Marechal

E-mail: stellafernandez@yahoo.com.ar

Tel: 4431-3868

E-mail: angelesmarechal@speedy.com.ar

Tel: 4953-3615

El último romántico de los editores

VICTOR O. GARCÍA COSTA

En esta Peña de Escritores, en oportunidad de rendir homenaje a Abraham “Chiche” Finkelstein, con motivo de su muerte, dije: “siempre he pensado que los libreros son unos personajes especiales en el mundo de la cultura y que, con raras excepciones, no se les ha dado ni da, cuando mueren, el lugar que les ha correspondido en la circulación del pensamiento escrito” y agregué “eso es lo que queremos corregir aquí”.

Por invitación de mi viejo y querido amigo Luis Lacueva me veo hoy frente a la oportunidad de extender el concepto y afirmar: Lo mismo puede decirse de los viejos editores olvidados, que muchas veces reunían la doble función: eran libreros convertidos en editores o, al revés, editores convertidos en libreros. También, algunas veces, una misma persona pasaba por los dos etapas, primero eran libreros, luego editores y, fracasada la empresa editorial, volvían a ser libreros.

Sin esos editores no habría habido para los jóvenes e inéditos buenos escritores sin recursos, que eran y suelen ser la mayoría, la posibilidad de dejar impresos esos

pensamientos y esos sentimientos para que pudieran llegar a los lectores.

El del librero convertido en editor es el caso de Manuel Gleizer, aparentemente Gleiser, con “s”, en la grafía original, al que recordamos hoy. Manuel Gleizer llegó a la Argentina hacia fines de 1900 o principios de 1901, cuando rondaba los 12 años de edad. Había nacido en el pequeño poblado de Ataki, Kisenief, Rusia, sobre la orilla derecha del río Dniester, el 5 de junio de 1889. Viajó con su madre, Raquel Groisman de Gleiser y sus cuatro hermanos: Marcos, Golde, Fishel y Samuel. Su padre, Meier Gleizer, no viajó. Desconocemos si lo hizo alguna vez. Venían de su ciudad natal, por entonces territorio de Rusia, que más tarde fue de Bessarabia, luego de Ucrania y por último de Rumania y que actualmente pertenece a Moldova.

Como era común entonces, la familia inmigrante se radicó en una de las colonias agrícolas, en este caso de Entre Ríos, donde Manuel, como peoncito de campo, realizó las tareas más humildes y sacrificadas. Allí sufrieron las rudas condiciones de la vida rural, fueron víctimas de las inclemencias del tiempo y, más de una vez, con la pérdida de los sembrados, vieron esfumarse los que debieron haber sido los frutos del esfuerzo cotidiano. Venido a Buenos Aires, Manuel fue vendedor ambulante, puerta a puerta, tarea en la que continuó la dura lucha, como se ha dicho, de los largos “días de sufrir y esperar”, que signó su existencia.

En 1918 recaló en Villa Crespo donde puso un negocio de venta de billetes de lotería en la antigua calle Triunvirato 556, hoy Corrientes 5200, pero tuvo la mala fortuna de que le quedaran sin vender unos enteros que no pudo devolver y debió afrontar el pago de unos trescientos pesos, cifra monumental en la época para un hombre de escasos recursos y comercio limitado.

¿Cómo obtener el dinero para pagar? Se le ocurrió traer de su casa 230 libros de la Biblioteca Blanca de Sempere y los puso a la venta a un precio bajo, indicado en un cartelito: “0,40 el ejemplar”. Los vendió rápidamente. Al día siguiente repitió la operación, pero al revés: puso un nuevo cartelito que rezaba: “compro libros”. La desesperación y la responsabilidad de honrar su deuda lo habían convertido en un librero de viejo. Ya en el oficio, poco después, en 1921 y dueño de un pequeño capital, se trasladó a una casa de enfrente que tenía por número 537 y a la que puso un cartel que decía **Librería La Cultura**.

La Librería era muy modesta y el edificio muy deficiente. Aunque el salón era amplio tenía poca iluminación. Los libros estaban colocados en rudimentarias estanterías de pino, **fatti in casa**, que llegaban hasta el techo. A pesar de todo ello, la librería tenía lo suficiente para convertirse en cálido punto de reunión para una peña intelectual y allí concurrían Aurelio García Elorrio, Arturo Cancela, Raúl Scalabrini Ortiz, Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Arturo Lagorio, César Tiempo, Fermín Estrella Gutiérrez, Leopoldo Lugones, Florencio Escardó, Nicolás Olivari, Alberto Palcos, Samuel Eichelbaum, los

hermanos González Tuñón, Alfredo L. Palacios, entre otros, que solían pasar a la casa de Gleizer, situada al lado, para comer los manjares judíos que preparaba la esposa de Gleizer, Manuela Dayenoff. Tuvieron cuatro hijos: Dora, Meyer, Jovita y Hugo, hoy todos fallecidos. De la descendencia, nos hemos podido contactar con su nieto Miguel Enrique Rudman Gleizer, hijo de Jovita Gleizer Dayenoff, y su bisnieto Ezequiel Rudman, hijo de Miguel Enrique. Pero hay que reconocer, en rigor de verdad, que todos esos jóvenes escritores inéditos eran para Manuel y Manuela como sus hijos.

En una de esas reuniones de la peña de hecho, en las que Gleizer oficiaba de mero observador, Arturo Cancela le espetó: “usted tiene que hacerse editor”. Y así fue. En 1922 Manuel Gleizer se convirtió en Editor. No ignoramos las ediciones de **La Cultura Argentina**, dirigida por José Ingenieros y mecenada por Severo Vaccaro, nacida en 1915, y tampoco la **Cooperativa Editorial Buenos Aires**, fundada por Manuel Gálvez en 1917, pero lo de Manuel Gleizer fue otra cosa, por el esfuerzo personal y por la edición y difusión de autores argentinos, hasta entonces desconocidos, a precios accesibles: desde m\$ 0,50 hasta m\$ 3,50. Muy excepcionalmente sus ediciones superaban esos precios.

Manuel Gleizer fue un precursor de la edición argentina a bajos precios, aunque el 30 de enero del mismo año Antonio Zamora hubiera fundado la **Editorial Claridad**, bajo cuyo amparo editorial se cobijaría el grupo Boedo. Luego vendría la **Editorial Minerva** fundada en 1924 por

Santiago Glusberg, hermano de Samuel, conocido literariamente como Enrique Espinoza, y Leonardo Glusberg, cuya primera edición, de ese año, fue la reimpresión de la novela *Irresponsable* de Manuel T. Podestá, a la que siguieron otros títulos hasta llegar, en 1927, a la *Exposición de la actual poesía argentina*, una antología com-puesta por César Tiempo y Pedro Juan Vignale. La **Editorial Minerva**, con los años, devendría en **Editorial Anaconda**, que editaría buenos libros argentinos, también a muy bajo precio.

Gleizer inició su labor de editor en ese año 1922, sacando a la luz *Cómo los vi yo*, de Joaquín de Vedia, a quien –igualito que ahora– abonó los derechos de autor con fondos de un préstamo bancario. El diez por ciento del precio de tapa –que era de m\$N 2,50.- con un tiraje de 1.800 ejemplares, esto es: 450.- m\$N. Era un tiraje excepcional porque lo normal eran tiradas de 300 a 500 ejemplares.

De acuerdo con una nómina de las ediciones hechas en 1922, el segundo libro publicado por Gleizer fue *Las charlas de mi amigo*, de Enrique Loncan, que se vendía a m\$N 3.- y al que siguieron *El hombre que volvió a la vida*, de José León Pagano, cuyo precio era m\$N 2,50.- y *Tres relatos porteños*, de Arturo Cancela, el mismo que lo había impulsado a la empresa editorial, y del que en 4 años se publicaron 18 mil ejemplares vendidos a m\$N 2,50.- Ese mismo año, Manuel Gleizer editó *Los aguiluchos*, poemas de Leopoldo Marechal, que se vendía a m\$N 2.-. Antes publicó, de Florencio J. Amaya, *El dolor de vivir*, cuyo precio era de m\$N 3.-

Después de otras ediciones, en 1931 lograría otro triunfo de librería y de crítica con *El hombre que está solo y espera* de Raúl Scalabrini Ortiz, al que, en medio de dificultades, Gleizer –siempre generoso– para aliviarlo de ellas, lo instó a entregarle los originales de la obra, escrita en un mes, según lo testimonia el conocido colofón de la misma.

Allí, en ese barrio de Villa Crespo, barrio de los bohemios del Club Atlético Atlanta, recién llegados al barrio después de mucho ambular, del Café Izmir, de Gurruchaga 432 entre Triunvirato y Camargo, de la Fábrica Nacional de Calzado, levantada en la calle Cuyo, hoy Padilla 752, punto de partida del barrio proletario, nació la empresa editorial argentina, dirigida por Manuel Gleizer. Todo ocurrió en ese Villa Crespo que cantó Alberto Vaccarezza.

Villa Crespo, barrio reo,
el de las calles estrechas
y las casitas mal hechas
eras lindo por lo feo.
La mersa de Picardía,
Roncoroni y el Yesero,
la vieja y el escobero,
que se han hecho mama mia.
Dónde piantó la alegría
del fondín del genovés,
la cancha del marsellés,
la fonda de Covadonga
y la famosa milonga del tano 43.

¿Dónde imprimían los escritores y el mismo Manuel Gleizer? Lo hacían en una pequeña y modesta imprenta instalada en 1912 en un sótano de la calle Entre Ríos 1585, propiedad de los hermanos Porter, que eran de origen ruso. Luego se mudaron a la calle Estados Unidos 1864. Por esos talleres pasaron los escritores más representativos del país y de esos tórculos salieron muchos libros de las editoriales **Proa, Babel y Manuel Gleizer**. Allí, también, se imprimió la colección íntegra del periódico *Martin Fierro*, que apareció entre 1924 y 1927. Las primeras ediciones de Gleizer fueron hechas en los Talleres Gráficos Cúneo que estaban en Carlos Pellegrini 677.

En poco menos de una década, este editor infatigable había lanzado al mercado y a la fama alrededor de 200 volúmenes de las figuras literarias nuevas y de algunas ya consagradas. Entre éstas últimas: Leopoldo Lugones, Carlos Ibarguren, Manuel Gálvez, Eduardo Mallea, Macedonio Fernández, Juan Pablo Echagüe, José León Pagano, Alberto Gerchunoff, Ricardo Sáenz Hayes, Jorge Luis Borges y muchos otros, hoy ediciones muy buscadas por los bibliófilos.

El sello o cuño que identificaba a las ediciones de Manuel Gleizer era un perfil del Dante, en blanco y negro, creado y dibujado por el pintor José Bonomi, con rasgos faciales de la esposa de Gleizer. Eran ediciones dispares, bien hechas, muchas de ellas con cubiertas y bonitas tipografías y hasta con reproducciones de dibujos de artistas argentinos y de grabados en madera de Valentín Thibon de Libian.

En 1932 Manuel Gleizer se mudó de su local en la avenida Triunvirato a otro en la avenida Santa Fe y, tres años más tarde a una casa de la calle Berutti 3476, sin acceso directo desde la calle, donde se inicia el ocaso de la librería. Durante algunos años sobrevivió con la compra de los saldos de ediciones de autores argentinos y su provisión a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.

En 1956, ya enfermo, editó *Violín y otras cuestiones*, opera prima de Juan Gelman y reeditó aquél primigenio *Cómo los vi yo*, de Joaquín de Vedia como “homenaje a los hombres que escribieron cuando eran desconocidos”, según expresa en la breve nota que antecede al prólogo del libro.

Algún autor ha dicho por ahí que tal o cual escritor era “un escritor maldito” porque no le publicaban en Argentina, pero eso no es cierto. No le publicaban en Argentina porque no había ni editores ni editoriales y, además, el autor colocado en situación de maldito prácticamente no vivía en Argentina. Los escritores argentinos publicaban en España, especialmente en Valencia. Lo hacían Sempere, para su Biblioteca Blanca, y la Editorial Prometeo. La gran hazaña de Gleizer fue poner en marcha en Buenos Aires, más precisamente en Villa Crespo, la primera empresa editorial. Aquí no se conocía al editor profesional tipo español o francés. Gleizer, sin experiencia técnica y sin dinero hizo y vendió libros de autores argentinos entre nosotros y los difundió fuera del país. Arturo Lagorio en su *Cronicón*, lo retrató: “Gleizer –dice– era un proyectista de sueños y de deudas” Llegó a editar cerca de 300 títulos, la mayoría inéditos de jóvenes escritores argentinos.

Manuel Gleizer vivió y murió pobre, cargado de deudas generadas por la heroica empresa cultural que emprendió, al punto que Federico Fernández de Monjardín pidió a la Cámara de Diputados de la Nación, que integraba y presidió, la sanción de una ley por la cual se acordara una pensión vitalicia a quien había consagrado su vida, en la segunda patria, a difundir el libro y los valores de la cultura argentina.

Manuel Gleizer, “el último romántico de los editores”, murió en Buenos Aires el 3 de marzo de 1966 y a 38 años de distancia merece este homenaje por haber sido como librero, pero sobre todo como editor, un impulsor de las letras argentinas y de los mejores autores argentinos.

Memorable Manuel Gleizer

MARÍA DE LOS ÁNGELES MARECHAL

Víctor García Costa nos ubicó en el tiempo y el espacio del hoy recordado **Manuel Gleizer**. Sintetizaré la información que preparé y me referiré al librero y editor, bien llamado “El último romántico de los editores”, reproduciéndoles textos y cartas de algunos de sus contemporáneos que pude encontrar en colecciones privadas. Aclaro que, dados los errores que a diario veo sobre la vida y obra de mi padre (Leopoldo Marechal), me obligo, en esta semblanza, a aportar únicamente elementos que puedan ser corroborados y/o ampliados.

Manuel Gleizer nace en Ataki –actual Bielorrusia– que antes fue de Bessarabia, Ucrania y Rumania. Llega a Argentina hacia 1901 junto a su madre Raquel Groisman de Gleizer y sus hermanos Marcos, Golde, Fishel y Samuel. Su padre Meier Gleizer no viajó. Si la fuente que usó Raquel Goldemberg es correcta, habría nacido el 5 de junio de 1889 aunque esta autora dice que habría llegado a Argentina hacia 1905/6. Vía internet obtuve el dato con el nombre de la madre, hermanos y una fecha de arribo –también tentativa– proporcionada por un familiar del editor que hoy se evoca. Viaja junto a su familia a Entre Ríos, donde realiza tareas de peón de campo. Allí conoce a Manuela Dayenof, maestra, con la que contrae matrimonio. Hacia 1918, junto a su esposa, se afinca en Villa Crespo. Parece que realiza

tareas de vendedor ambulante y venta a crédito. Toda esta información es de difícil confirmación. He leído artículos que dicen que vendía ropa, otros billetes de lotería y así... Un dato que se repite es que alquila un zaguán en Triunvirato 550 donde comienza con una venta de libros que, al poco tiempo, convierte en un estable negocio de librería.

Es entonces, aparentemente, cuando alquila en la acera de enfrente, Triunvirato 537, (hoy Corrientes y Scalabrini Ortiz, pleno corazón de Villa Crespo) una casa de ladrillos con una sola vidriera y cuya trastienda, separada por una cortina, es el comedor familiar donde recibía a los frequentadores de la librería. Con el correr del tiempo sería éste el lugar de reunión de los amigos escritores. Le da el nombre de **Librería La Cultura**. Se ha visto el sello redondo donde, en el medio, está la dirección Triunvirato 537 y bordeando M. Gleizer.

El matrimonio tiene 4 hijos: Dora, Meyer, Jovita y Hugo. Dora va a vivir a Israel en la década del '50. Meyer muere muy joven, casi niño. Jovita, que es la madre de Miguel y Julio Rudman, se casa y va a vivir a Mendoza, hasta su muerte en 1980. Hugo, el menor, fallece hacia 1994.

Es Arturo Cancela quien lo induce a desarrollar la tarea de editor que comienza en 1922, y aumenta año a año. En el folleto entregado hoy, 10 de abril de 2004, en la Peña del Libro Trenti Rocamora, figuran los primeros títulos publicados, extraídos de la contratapa de *Los aguiluchos*, de Leopoldo Marechal. Allí se anuncia que existe un libro, *El poeta oriental Bartolomé Hidalgo*, de Mario Falcao

Espalter, atribuido a Gleizer, editor, en 1918, pero este dato no ha podido ser corroborado.

Raúl Scalabrini Ortiz también frecuenta la librería editorial de Manuel Gleizer, ya que es él quien le publica, en agosto de 1923, un libro de cuentos titulado *La Manga*, y en 1931 *El hombre que está solo y espera*, con gran éxito de ventas. Numerosos autores visitan en forma permanente su librería, abierta a los jóvenes intelectuales.

En 1926 Gleizer publica los libros de Ilka Krupkin y Raúl González Tuñón, premiados en el concurso que él mismo organizara. Edita, además, a Leopoldo Lugones, Eduardo Mallea, Jacobo Fijman, José de España, Alberto Gerchunoff, Arturo Capdevila, entre otros.

En 1928 publica *El idioma de los argentinos* de Jorge Luis Borges.

Transcribo algunas cartas que creo están inéditas.

De Raúl González Tuñón: Recibida el 31.12.25 y fechada en La Rioja, diciembre 28, 1925

Mi estimado amigo Gleizer:

“Muy tarde le escribo, demasiado tarde, pero si Ud. supiera todo lo que tuve que hacer en esta, lo nervioso que estuve estos días, me perdonaría.

Además Ud. tiene la seguridad de que tanto Ud. como su esposa y sus nenes me han inspirado una profunda

estimación en tan poco tiempo y no podré olvidarme nunca de las atenciones que tuvieron conmigo, de lo bien que me trataron abriéndome las puertas de esa casa tan noble y generosa. Desde este voluntario destierro, desde mi patio riojano manso y cordial, les envío el mejor saludo, deseando que este nuevo año que empieza venga lleno de alegrías, y que un beso de Noel sobre las cabecitas de los nenes sea el sello definitivo de una felicidad eterna.

¡Cómo recuerdo amigo mío esas tertulias, esas amenas familiares tertulias de su amable casa! Cómo deseo volver pronto para gustar ese calor de hogar otra vez, para reconciliarme con la vida, al lado de Uds. tan cordiales y tan generosos, en ese rincón de la librería donde hay un perenne rayo de sol.

Allí, al calor de la amistad de Uds., junto a los estantes cargados de cultura, yo me sentía más bueno y más culto, más amigo de mis amigos y más amigo de la vida.

Yo he nacido para la nostalgia, querido Gleizer, vagando siempre por el mundo, llego a un pueblo con la maleta llena de recuerdos. Recuerdos del otro pueblo que dejé atrás. Pero casi siempre la nostalgia me hace volver a los lugares queridos, y no está lejano el día en que volveré a entrar en su casa, con la mano abierta y el alma en la mano.

Amigo Gleizer: un millón de saludos afectuosos para su esposa y sus hijos y un cordial apretón, un largo abrazo para Ud. de su amigo. Raúl”.

El 19 de junio de 1926 se ofrece una comida en honor de Manuel Gleizer que organiza el Ateneo Universitario, institución que se identifica como entidad de estudios desvinculada de la política, y que cursa notas a los escritores solicitando confirmen por ese medio si adhieren al evento y si permiten incluir el nombre a la lista de invitados.

En la revista *Nosotros*, en julio de 1926, puede leerse la demostración a Manuel Gleizer que se realizó en el Sportsman, ubicado en Florida 44. Se transcribe parte de la nota:

“...Joaquín de Vedia puntualizó... *<Es usted un original, y todo es original en su vida. Es usted bueno, y sin embargo, es usted simpático; es usted un trabajador, y sin embargo es usted optimista; es usted comerciante y sin embargo tiene usted un ideal y persigue sin cesar un ideal desinteresado; es usted un extranjero en la tierra argentina, y sin embargo es usted un ciudadano del espíritu argentino porque ha creído usted en él; es usted, en fin, pobre, y sin embargo es amigo de los pobres y es generoso con ellos...>*

>

“...*<Todas estas causas son mas que suficientes para justificar la estima y el cariño que rodean a Gleizer, señores, pero no veo entre ellas la circunstancia, el hecho accidental y actual que motiva el banquete, a menos que sea esta: En tres años de actividad usted ha obtenido un título. ¿Cuál? El de primer editor argentino. ¿Quién y dónde se le dio? Quienes le rodean en este momento, aquí>*

“Hablaron a continuación Enrique Méndez Calzada, Raúl González Tuñón y Leopoldo Marechal.

“Contestó Gleizer con oportunas palabras, de las que recordamos éstas:

“...<Los autores son mis amigos, y el hecho de que se hayan reunido en esta forma, constituye para mí una satisfacción que me animará con mas bríos aún. Su simpatía y su amistad me es necesaria, pues así ningún esfuerzo me resultará penoso y cualquier sacrificio me parecerá agradable>.

“...<Entre ustedes puedo y debo sincerarme. Llevo publicados ya bastantes libros, a los cuales debo la difusión de mi nombre; pero les aseguro aquí, en secreto, que no soy hombre rico. Mi fortuna no alcanzaría a sufragar los gastos de una edición completa de mis diálogos con los libreros, reacios a los libros argentinos. No podría, sin embargo, quejarme de mi suerte; la presencia de ustedes, en este acto, para mí mas importante que la venta total de un libro, me persuade de que cuento con un capital inapreciable: el de la simpatía y el de la confianza de ustedes. Es todo lo que necesita un hombre dispuesto a trabajar honradamente, y es, por lo tanto, todo lo que necesito para alcanzar la fortuna que no tengo y que solo puedo obtener como resultado del prestigio de los escritores argentinos y de su bienestar económico>”.

En un menú de homenaje a Joaquín de Vedia, el 4 de febrero de 1928 —en el restaurante “El Tráfico”—, Roberto J. Payró escribe: “Al futuro editor panamericano, Manuel

Gleizer, que si comienza con el “Como los vi yo” de Joaquín, acabará diciendo: “¡Como los he visto!”.

Una carta inédita de Marechal nos ubica en algunas dificultades que tenía don Manuel Gleizer:

Buenos Aires, 29 de agosto de 1928

Sr. José de España

“Querido amigo: con asombro acabo de saber que piensas demandar a Gleizer, por cobro de derechos de autor. Como yo fui quien te presentó a Gleizer y el que hizo las gestiones necesarias para que tus libros fueran editados a costa del mismo, me creo con cierto derecho de intervenir en este asunto, e intervenir como amigo tuyo, y por mi cuenta.

Recordarás cuál era tu situación en aquellos días: desconocido literariamente, tus obras no podían despertar el apetito de ningún editor; fui yo quien interesé a Gleizer en tu obra, y lo hice como amigo, y porque creo en tu talento.

Tú sabes lo demás: Gleizer contagiado de mi entusiasmo, hizo imprimir tus libros a costa de los sacrificios que tú conoces y empleando su dinero en una obra de éxito dudoso, como son las de los autores noveles. Echó el resto en la propaganda; te puso en relación con personajes que luego te fueron útiles; te abrió el camino de La Nación, te hizo conceder crédito en el Banco; te vistió y te calzó.

Después de todo esto, no comprendo, francamente, tu conducta. Creo que debe ser la obra de un estado de ánimo y como te guardo aquella vieja estimación que me hizo

presentarte a Gleizer te escribo para pedirte, en nombre de nuestra amistad y de la responsabilidad que por serte útil he contraído con este amigo, que retires tu injusto reclamo, a fin de evitar la tristeza de un hombre de bien, como Gleizer, y el desengaño de un leal amigo tuyo, que como tal me he considerado y me considero.

Recibe un apretón de manos de tu Leopoldo Marechal”.

Escribe César Tiempo, en una postal fechada en diciembre de 1931: *“Desde estos pagos sureños un recuerdo cordial para don Manuel Gleizer, amigo y benemérito gaucho de Villa Crespo; a Doña Manuela con mi emocionada nostalgia de sus platos dominicales y al cuarteto de retoños... (estaba en Tres Arroyos, PBA, el frente de la postal es de Bahía Blanca).*

En un fragmento de otra esquila del jueves 17 de diciembre de 1931 se lee: *“La historia literaria del porvenir tendrá que considerarle el Mariano Moreno espiritual de ésta generación”.*

El 7 de julio de 1932 se le ofrece un banquete en el Hotel Castelar para celebrar el décimo aniversario de sus actividades como editor. La invitación tiene un dibujo de Alejandro Sirio. La lista de los convocantes es muy extensa. Se citan algunos nombres no mencionados con antelación: Fermín Estrella Gutierrez, Carlos Mastronardi, Enrique Méndez Calzada, Vicente Fatone, Bernardo Canal Feijóo, Edmundo Guibourg, Sixto Pondal Ríos, Alvaro Yunque, Pedro Vignale, Octavio Fioravanti, Macedonio Fernández, Horacio Rega Molina, Manuel Gálvez, etc.

Pese a los avatares económicos Manuel Gleizer sigue adelante.

Sobre los libros que edita escribe Horacio Schiavo: *“Es Manuel Gleizer, el primer editor que arriesgara la publicación por su cuenta de autores argentinos”*.

Recuerda Francisco Luis Bernárdez: *“...librería que don Manuel Gleizer tenía en la calle Triunvirato, quizá no tanto para vender libros, cuanto para albergar el ocio y los sueños de una tertulia matizada por la desenfrenada cabellera de Marechal, por la perezosa boquilla de Nicolás Olivari, por la asiática nariz de Pepe (sic) José Bonomi”*.

Arturo Lagorio señala: *“Gleizer era un proyectista de sueños y deudas. Tapaba un agujero con otro mayor. A menudo desvelado por pagarés en trance de protesto”*.

En una nota fechada el 26.12.1953 Samuel Eichelbaum le escribe a un amigo en Chile (Eduardo Barrios) y cita a Gleizer como *“benemérito editor argentino y muy noble persona”*.

Entre los últimos libros que publica se citan algunos títulos y autores: *Heraldos del espíritu* de Rodolfo Oyhanarte, 1955. *Violín y otras cuestiones*, de Juan Gelman, en 1956, y en 1962 *Megatón* de Bernardo Verbitzky; *Las fronteras de la luz*, autoría de Marcos Silber e ilustrado por Mabel Rubli (este último título fue extraído de internet, ver la página de la ilustradora).

En 1958 el diputado Federico Monjardín, bibliófilo y admirador de don Manuel, solicita una pensión graciable con un texto claro que dice: *“Manuel Gleizer es en la editorial argentina, figura singular. ¿Qué autor joven o no joven, en trance de dar “un libro” no acudió a él y halló precisamente lo que anhelaba, un corazón antes que un bolsillo, la comprensión humana y no la avaricia, el ansia de hacer obra fecunda y no la angustia del lucro? Y quién así hizo llegó, lógica conclusión, a septuagenario que tiene nombre limpio y grande bolsa hueca. Ninguna jubilación le asiste a él, que tanto contribuyó al bienestar moral, intelectual y económico de tantos”*.

La pensión se le otorga, sin debate.

Fallece el 3 de marzo de 1966, en Buenos Aires.

Se ha seleccionado un fragmento de un texto de Nicolás Olivari que lo trató y conoció bien.

Escribe Nicolás Olivari: ... *“don Manuel jamás aventuró una queja ni amagó una protesta. Por su tremenda dignidad de editor y su angelical amor al libro, los prefería en su tienda, bajo el cobijo afectuoso de su mirada antes que verlos rodando como monedas fuera de curso por las librerías del centro.*

Así años y años hasta que la maladanza fue superior al esfuerzo y una subasta melancólica repartió aquellas flores disecadas de la inteligencia y del estro, en las manos de las liquidaciones de Corrientes abajo.

Manuel Gleizer fue el editor de la juventud, de los audaces, de los nuevos. Los editó sin leerlos, confesión que lo honra, porque de otra manera hubiera cambiado a

tiempo la profesión. Le ha quedado este hermoso laurel de haber sido el primero que lanzó a los jóvenes en época de bárbara incomprensión, de absoluto desprecio a todo lo nacional en literatura. Es posible que alguna vez, en el justiciero homenaje que se le debe, esto sea dicho. Por ahora, quede aquí adelantado”.

Se transcribe una carta de Manuel Gleizer publicada en la reedición del primer libro que salió bajo su sello editorial: **“Como los vi yo”** de Joaquín de Vedia.

“Si durante tanto tiempo no publiqué libro alguno, esto de ninguna manera significó un alejamiento por mi parte del mundo intelectual y editorial. Por el contrario, el permanente contacto con sus hombres más caracterizados –siempre cordiales, siempre generosos– me ha llevado insensiblemente a contraer la obligación moral de reeditar algún libro que recuerde a “mis autores” de aquella hora temprana, y como agradecimiento a quienes –estudiosos, bibliófilos o lectores– me alentaron en la empresa durante años.

*A la reedición de **CÓMO LOS VI YO**, de Joaquín de Vedia, la primera obra que publiqué, le atribuyo un significado afectivo. Es mi homenaje a los hombres que escribieron cuando eran desconocidos, encontraron en mí un editor y un amigo, y hoy son glorias literarias; a los impresores que se dejaron llevar por mis ilusiones y esperanzas, que con su crédito alentaron mis sueños y toleraron a veces mis moras; al librero amigo que vendió*

con interés y sigue exhibiendo con simpatía los libros de mi sello; al lector desconocido que llevaba bajo el brazo el mensaje fresco de una página de Lugones o Gerchunoff, que conoció los nombres amanecidos de Mallea o Borges, Cancela, Scalabrini Ortiz, los González Tuñón y tantos otros. Homenaje y reconocimiento, en fin, para todos los que hicieron posible –con su apoyo moral y material, con su aplauso y también con sus críticas– mi obra modesta pero sincera, y de la que sólo recuerdo satisfacciones. Esa ardua tarea por la cual sentí y siento vocación, y en la que volvería a reincidir si hoy, en el otoño de mi vida, me fuera dado recomenzarla. Porque en cierto modo este libro es saludo cariñoso de un hombre para quien toda despedida es comienzo.

Manuel Gleizer

Buenos Aires, 15 de junio de 1954”

Es una deuda pendiente escribir una amplia y detallada biografía de este gran editor argentino.

Exposiciones realizadas el sábado 10 de abril de 2004, a las 10 horas, en la Peña del Libro “Trenti Rocamora”, en la Editorial Dunken.